



LA UNIVERSIDAD FUTURA VISTA A TRAVÉS del ORFEON UNIVERSITARIO

Por Raúl Domínguez C.

En la esquina de San Francisco un grupo de jóvenes se reúne. Se comenta la tesis que en el Aula acaba de explicar el profesor de Derecho Civil. Otros manifiestan su desacuerdo con el sistema pedagógico utilizado por algunos catedráticos. Los más, comentan las incidencias de la política como si fuera un evento deportivo. La juventud ha perdido su alegría y se han transformado los muchachos universitarios en un

grupo habla en voz baja, casi musta los diversos aspectos de la tesis. Y en los corredores de la Universidad reina un silencio de siglos. Los estudiantes en nada se diferencian de las mudas estatuas. Hay temor de vivir. Desconfianza en todos los cursantes. Los bedeles pasean de un extremo a otro del edificio vigilando a la muchachada. Hay temor de vivir vida de juventud creadora. Ni un vuelo, ni una canción se oyen en la antigua casona. Se ha negado a la juventud el derecho a la vi-

pero todo esto está muy lejos de la Universidad. En las aulas, en la cátedra, en los pasillos, se vive en el silencio. Una angustia callada siempre en cada pecho el dolor y el sufrimiento. Y la juventud deja de ser fuerza creadora y fecunda. Se pasa por la Universidad como por una máquina de confeccionar "doctores" a grandes plazos. A los seis años egresan de las aulas los nuevos profesionales con un concepto de la vida sumamente pobre. Y se comienza a gritar en el Paraninfo:

—Hay que remozar la Universidad. Se impone como necesidad inaplazable la Reforma Universitaria, que los cursantes sientan y vivan la vida universitaria.

Los nuevos discípulos, llegados de los distintos pueblos del Interior de la República oyen la voz del egresado que en la tarima dorada del Paraninfo desgrana su vida de universitario para concluir diciendo:

—Entramos a la Universidad con un concepto falso de nuestra vida estudiantil. Creemos que al llegar aquí comenzaremos a llevar vida joven. Y cuando salimos de las aulas comprendemos que los años de estudio universitario han dejado en nosotros un profundo dolor y una eterna amargura.

El discurso de grado es reflejo de esa amargura, de esa frustración de la vida juvenil. Y entramos al Alma Mater llenos de frío, pesimismo, con un profundo desamor por la vieja casona y la vida que dentro de ella palpita sordamente.

Cambia el rumbo.

Un buen día amanecieron en las puertas de las aulas grandes carteles que decían:

—Se convoca al estudiantado para una reunión urgente con el objeto de discutir lo relativo a la formación del Orfeón Universitario.



LA UNIVERSIDAD FUTURA VISTA A TRAVÉS del ORFEON UNIVERSITARIO

Por Raúl Domínguez C.

En la esquina de San Francisco un grupo de jóvenes se reúne. Se comenta la tesis que en el Aula acaba de explicar el profesor de Derecho Civil. Otros manifiestan su desacuerdo con el sistema pedagógico utilizado por algunos catedráticos. Los más, comentan las incidencias de la política como si fuera un evento deportivo. La juventud ha perdido su alegría y se han transformado los muchachos universitarios en un ejército de jóvenes "ancianos" con mentalidad progresista pero encastillada en la torre de marfil del aula donde la voz del profesor dice: La Justicia es la constante y perpetua voluntad de dar o cada quien lo que le corresponde.

Conceptos vacíos. Mientras se hablan de "dar a cada quien lo que le corresponde", se niega a la juventud universitaria el derecho a la dicha, a la alegría desbordada a lo largo de los corredores de la vieja casona universitaria. Allí todo es silencio. Apenas la voz del profesor se oye regañando, rabiando, protestando contra la "irresponsabilidad de la masa estudiantil". Y al pie de la estatua de Vargas un pequeño grupito discute las características del delito de homicidio. El

grupo habla en voz baja, casi musta los diversos aspectos de la tesis. Y en los corredores de la Universidad reina un silencio de siglos. Los estudiantes en nada se diferencian de las mudas estatuas. Hay temor de vivir. Desconfianza en todos los cursantes. Los bedeles pasean de un extremo a otro del edificio vigilando a la muchachada. Hay temor de vivir vida de juventud creadora. Ni un vuelo, ni una canción se oyen en la antigua casona. Se ha negado a la juventud el derecho a la vida juvenil.

Las primeras manifestaciones juveniles.

La juventud necesita del deporte. Es necesario que se ejercite el músculo. Y nacen los equipos de balse-ball. La muchachada sale como un hormiguero por la puerta que conduce a la esquina de Pajaritos. Allí esperan los colectivos del Ministerio de Educación Nacional que han de llevarlos hasta el Estadio Nacional o el Campo de Deporte Escolar. En la dorada arena de la pista habrán de clavarse los gritos de la alegre muchachada. Se desarrollan juegos de pelota. Se discute, se comenta, se aplaude, se protesta...

Pero todo esto está muy lejos de la Universidad. En las aulas, en la cátedra, en los pasillos, se vive en el silencio. Una angustia callada siembra en cada pecho el dolor y el sufrimiento. Y la juventud deja de ser fuerza creadora y fecunda. Se pasa por la Universidad como por una máquina de confeccionar "doctores" a grandes plazos. A los seis años egresan de las aulas los nuevos profesionales con un concepto de la vida sumamente pobre. Y se comienza a gritar en el Paraninfo:

—Hay que remozar la Universidad. Se impone como necesidad inaplazable la Reforma Universitaria, que los cursantes sientan y vivan la vida universitaria.

Los nuevos discípulos, llegados de los distintos pueblos del Interior de la República oyen la voz del egresado que en la tarima dorada del Paraninfo desgrana su vida de universitario para concluir diciendo:

—Entramos a la Universidad con un concepto falso de nuestra vida estudiantil. Creemos que al llegar aquí comenzaremos a llevar vida joven. Y cuando salimos de las aulas comprendemos que los años de estudio universitario han dejado en nosotros un profundo dolor y una eterna amargura.

El discurso de grado es reflejo de esa amargura, de esa frustración de la vida juvenil. Y entramos al Alma Mater llenos de frío pesimismo, con un profundo desamor por la vieja casona y la vida que dentro de ella palpita sordamente.

Cambia el rumbo.

Un buen día amanecieron en las puertas de las aulas grandes carteles que decían:

—Se convoca al estudiantado para una reunión urgente con el objeto de discutir lo relativo a la formación del Orfeón Universitario.





Y el hormiguero humano, las dos mil cabezas juveniles que desean vivir en un medio propicio para la obre buena, acude a las oficinas de O. B. E. en busca de informaciones más concretas. A los pocos días sonaron las primeras voces y surgieron las primeras pabietas del profesor Antonio Esteves:

—La obra que comenzamos no es cosa de juego, es una tarea difícil de realizar, que implica seriedad, voluntad constante de hacer las cosas bien —decía Esteves.

Y continuaba lidiando al grupo de muchachos universitarios. La dicha y la alegría entró en la vieja casona. Los estudiantes se apinaron ante las puertas y ventanas del salón de música, mientras las 94 voces surgen como una campanada.

—Yo no sirvo para trabajar en el Orfeón —decía una bella muchacha de la Facultad de Farmacia a una compañera de curso.

—Yo tampoco tengo voz. Pero el conjunto puede que nos demuestre lo contrario. Para cantar en el Orfeón no se necesita mucho, aparte de la voluntad y el deseo de servir en algo a la Universidad —respondía la otra.

Y en todos los alumnos, de todas las Escuelas Universitarias, de todas las facultades fué naciendo el deseo de hacer obra perdurable:

—¡Muchachos! —gritaba en el salón de Tercer Año de Derecho Benjamín Núñez.— Tenemos que cantar en el Orfeón. Debemos prestar apoyo a la obra que se inicia.

Lo decía con tanto entusiasmo que el resto de los compañeros respondió en coro:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Al Orfeón! ¡Al Orfeón!...

Y fueron progresando los trabajos iniciales, se fueron eliminando fallas, seleccionando a los orfeonistas. Unos quedaron en el conjunto,

otros en cambio fueron rechazados por no poseer cualidades. Pero el Orfeón es de todos los universitarios, se le quiere con entrañable cariño, se estimula, se cuida. No hay un cursante universitario que hoy no quiera el conjunto coral. Lo que a primera vista aparecía como obra exclusiva de unos cuantos muchachos y muchachas, es hoy obra de todos. El Orfeón hizo nacer la dicha en la vieja casona, rompió el silencio de siglos de los amplios corredores. Inundó de sana alegría los miles de corazones juveniles que palpitaban sordamente al lado del templo de San Francisco. Los universitarios se han remachado a la vida del Instituto y sienten nostalgia cuando comprenden que habrán de dejar esta vida feliz y dichosa para hacerle frente a una vida más dura y menos alegre:

—Yo estoy muy contenta de formar parte del Orfeón —nos decía.

Nitin Ferre— y créame que cuando pienso que al graduarme abandonaré todo esto que forma hoy la Universidad, me siento profundamente triste.

—Lo mismo digo yo —agregó otra bella muchacha— pero me consuela el que el doctor Pizzani haya dicho que al graduarnos nosotras, se harán nuevos escalones a la tarima del Orfeón para que sigamos trabajando en él.

Luego agregó Nitin con su ingenuidad característica:

—Todas queremos a la Universidad y nos sentimos como formando parte de su vida. Es muy difícil que salgamos de ella sin sentir nostalgia de abandonarla. Hay una serie de factores que nos atan a la vida universitaria: los compañeros de curso, el movimiento juvenil, el movimiento artístico universitario, el Orfeón, la Reforma. Todo esto nos une a ella.

Y la expresión de alegría salta a los ojos de Nitin. Como ella, todas las bellas muchachas que estudian en el Alma Mater, se sienten formando parte de este gran conjunto en que la vida es alegre y dichosa. La Universidad del silencio, callada, donde el cursante se sentía extraño e incómodo ha quedado atrás y se ha abierto paso la nueva Universidad fecunda y creadora. La vieja casona ha empezado a remozarse y los cursantes han visto en el Orfeón el comienzo de una nueva etapa del sistema universitario: La Universidad del futuro será alegre, juvenil, capaz de producir grandes valores. Porque una juventud que transcurra en el silencio, paseando los amplios corredores rebosantes de inquietud frustrada es una juventud inútil e infecunda. Por el camino que ha trazado este conjunto de 94 voces juveniles se marcha con paso firme hacia la Universidad del Futuro. Por ello el Orfeón de la Universidad es de todos los estudiantes, obra de todos, querido de todos y cuidado por todos.

R. D. C.



Y el hormiguero humano, las dos mil cabezas juveniles que desean vivir en un medio propicio para la obra buena, acude a las oficinas de O. B. E. en busca de informaciones más concretas. A los pocos días sonaron las primeras voces y surgieron las primeras rabietas del profesor Antonio Esteves:

—La obra que comenzamos no es cosa de juego, es una tarea difícil de realizar, que implica seriedad, voluntad constante de hacer las cosas bien —decía Esteves.

Y continuaba lidiando al grupo de muchachos universitarios. La dicha y la alegría entró en la vieja casona. Los estudiantes se apiñan ante las puertas y ventanas del salón de música, mientras las 94 voces surgen como una campanada.

—Yo no sirvo para trabajar en el Orfeón —decía una bella muchacha de la Facultad de Farmacia a una compañera de curso.

—Yo tampoco tengo voz. Pero el conjunto puede que nos demuestre lo contrario. Para cantar en el Orfeón no se necesita mucho, aparte de la voluntad y el deseo de servir en algo a la Universidad —respondía la otra.

Y en todos los alumnos, de todas las Escuelas Universitarias, de todas las facultades fué naciendo el deseo de hacer obra perdurable:

—¡Muchachos! —gritaba en el salón de Tercer Año de Derecho Benjamín Núñez.— Tenemos que cantar en el Orfeón. Debemos prestar apoyo a la obra que se inicia.

Lo decía con tanto entusiasmo que el resto de los compañeros respondió en coro:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Al Orfeón! ¡Al Orfeón!...

Y fueron progresando los trabajos iniciales, se fueron eliminando fallas, seleccionando a los orfeonistas. Unos quedaron en el conjunto,

otros en cambio fueron rechazados por no poseer cualidades. Pero el Orfeón es de todos los universitarios, se le quiere con entrañable cariño, se estimula, se cuida. No hay un cursante universitario que hoy no quiera el conjunto coral. Lo que a primera vista aparecía como obra exclusiva de unos cuantos muchachos y muchachas, es hoy obra de todos. El Orfeón hizo nacer la dicha en la vieja casona, rompió el silencio de siglos de los amplios corredores. Inundó de sana alegría los miles de corazones juveniles que palpitaban sordamente al lado del templo de San Francisco. Los universitarios se han remachado a la vida del Instituto y sienten nostalgia cuando comprenden que habrán de dejar esta vida feliz y dichosa para hacerle frente a una vida más dura y menos alegre:

—Yo estoy muy contenta de formar parte del Orfeón —nos decía

curso, el movimiento juvenil, el movimiento artístico universitario, el Orfeón, la Reforma. Todo esto nos une a ella.

Y la expresión de alegría salta a los ojos de Nitin. Como ella, todas las bellas muchachas que estudian en el Alma Mater, se sienten formando parte de este gran conjunto en que la vida es alegre y dichosa. La Universidad del silencio, callada, donde el cursante se sentía extraño e incómodo ha quedado atrás y se ha abierto paso la nueva Universidad fecunda y creadora. La vieja casona ha empezado a remozarse y los cursantes han visto en el Orfeón el comienzo de una nueva etapa del sistema universitario. La Universidad del futuro será alegre, juvenil, capaz de producir grandes valores. Porque una juventud que transcurra en el silencio, paseando los amplios corredores rebosantes de inquietud frustrada es una juventud inútil e infecunda. Por el camino que ha trazado este conjunto de 94 voces juveniles se marcha con paso firme hacia la Universidad del Futuro. Por ello el Orfeón de la Universidad es de todos los estudiantes, obra de todos, querido de todos y cuidado por todos.

R. D. C.

